

Leímos
Orureñas

Gloria Eyzaguirre Llanque



Gloria Eyzaguirre Llanque (Oruro, 1961). Escritora y comunicadora social. Tiene trabajos divulgados por medios escritos y en algunas antologías de escritoras bolivianas como "La otra mirada", recientemente publicada por Editorial Santillana.

Su actividad literaria unida a una dinámica labor de comunicadora social ya le ha deparado una hoja de vida fulgurante, como ésta: Premio Internacional de Literatura (prosa) en Buenos Aires, Argentina (1981). Premio Nacional de Prensa, 1997. Seleccionada para participar en un curso de periodismo, en México, con el Premio Nobel de Literatura, Gabriel García Márquez, 1998.

Fue redactora y editora de los periódicos Presencia y La Razón; Actualmente Jefe de Información en Presencia. Consultora en diversas instituciones de prestigio. Panelista en seminarios. Reside en la ciudad de La Paz.

La decadencia del cine de terror

"Sonrie, dulce Carlota", y la Carlota ni es dulce, ni tiene por qué reír. Es más, su cabeza rodando debajo del piano tiene los ojos y la boca abiertas, y se diría que no es la misma que coqueteaba descaradamente con todos sus vecinos, hasta que alguno, en un arrebato de amores, quiso curarse para siempre de los celos.

Hasta ahí todo iba en blanco y negro y no cambió hasta el "The End", pero ese rojo imaginario se quedó prendido de la mente hasta pasada la medianoche, que fue cuando se fue a la cama de su mamá para no seguir viendo la cabeza rodando debajo de la suya.

Fue cuando su mamá, que la llevaba de misa todos los domingos, se confesó a sí misma que había tenido una confusión: como el título de la película sugería la vida de una agradable mujer, no esperaba que algún oscuro director pudiera pasar, así por así, la línea.

No podía pasar, pero quizás podía, porque la mamá no se movió de su butaca mientras degollaban a la dulce Carlota, y mientras se veía que era posible cortar una cabeza y hacerla rodar por gradas y calles enteras. Su muñeca era la prueba fehaciente.

Tampoco la mamá podía imaginar, otro día, que seguía despierta cuando en la pantalla aparecieron las tetas inquietas de la Brigitte Bardot y su carnosos pubis, enfrente del hombre que apuntaba con un rifle, y que después se durmió como hace toda niña chiquita y buena, con más su hermanito, pensando en las tetas y en esa raya que le hacía cosquillas y en lo lindo que tendría que ser que a una la amaran así, aunque la mataran después.

II

Y hete aquí, que otra vez hay que ir a la cama de la mamá para no seguir viendo a las arañitas de colores que avanzan desde el extremo del colchón hacia la cara y para no oír los ladridos de

esos perros de orejas paradas que quieren comerse a la gente vestida con rayas, igualita a la de las películas de los alemanes.

Pero la cama de la mamá ya no es segura. Es hora de buscar un refugio de confianza y ahí está la hermana mayor de la mamá que ni tiene hombre ni hijos, ni va a los cines, ni nada.

Allí se está bien. Es casi como estar solo sin estar solo, y así debe sentirse al Dios que no se ve y que no pega ni acaricia.

Ya es tarde cuando las tetas vuelven a aparecer y cuelgan de una mujer muerta y sin nombre o cuando ruedan ojos y brazos. Ya ni a color, pueden meterla a la cama de nadie.

El adoptado

La uña permanece intacta, así como las arruguitas circulares en la parte media. Lo que ha cambiado es el color, que se degrada en tonos rosados y blanquecinos.

De la parte superior brotan hilos, como una cabellera, y su manera de flotar dentro del frasco hace que parezca una medusa en su acuario, muy distinta al dedo mutilado que en realidad es.

Suspendido en el tiempo ajeno ya a su soporte anterior, acostumbrado al líquido frío que le ha dado otra vida, retiene, en algún rincón de esa casa, el grito que sólo algunos escucharon.

Pudo ser una de esas noches de mataderos militares en las que alguna gente cortaba a otra.

Puede ser parte de alguno de esos hombres fotografiados que hacen, en conjunto, el álbum de fotografías del dueño de casa, quien tiene sus dedos completos.

Su último recuerdo es la porfia de la carne y del hueso, y el filo insistente del cuchillo, que al ir y venir abre canales, y que de pronto asesta un golpe y otro, y otro, para forzar la separación.

Late íntegro, se alborota en burbujas y quisiera decir lo que la boca calla, pero ya sólo falta un pedazo, que al romperse le deja libre de los otros que todavía deben ser cortados.

Se queda ahí, tibio y latente, hasta que el gordo sudoroso y orgásmico se siente hambriento y soñoliento, y decide, en un último vistazo, darle un nuevo hogar.